LA GRAN GUERRA

PETER HART

1914-1918

HISTORIA MILITAR DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

CRÍTICA

PETER HART

LA GRAN GUERRA (1914-1918)

Historia militar de la primera guerra mundial

Traducción castellana de
Juan Rabasseda y Teófilo de Lozoya

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: abril de 2013

La Gran Guerra
Peter Hart

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Great War*

First published in Great Britain in 2013 by PROFILE BOOKS LTD
www.profilebooks.com

© Peter Hart, 2013
© de la traducción, Juan Rabasseda-Gascón y Teófilo de Lozoya, 2014

© Editorial Planeta S. A., 2014
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es
www.espacioculturalyacademico.com

ISBN: 978-84-9892-684-2
Depósito legal: B. 2219 - 2014
2014. Impreso y encuadernado en España por Huertas Industrias Gráficas S. A.

1

Camino de la guerra

> Cualquiera que haya mirado a los ojos a un soldado moribundo en el campo de batalla se lo pensará dos veces antes de empezar una guerra.[1]
>
> Otto von Bismarck, canciller de Alemania.

Alemania estuvo en el corazón de la Gran Guerra. Se empiece por donde se empiece a examinar las causas de aquella terrible conflagración, los ojos se dirigirán sin equivocarse hacia el imperio alemán y el papel crucial que desempeñó en el conflicto. Este imperio fue una creación del siglo XIX, una federación de estados germanos, amalgamados y luego dominados por el reino de Prusia. El brazo ejecutor de este proceso durante su período crucial iniciado en 1862 había sido el canciller Otto von Bismarck, que se había revelado como un timonel de extraordinaria astucia a través de unas aguas sumamente agitadas. Aprovechando la fractura temporal del equilibrio de poder entre Rusia, Francia, Turquía y Gran Bretaña tras la guerra de Crimea de 1854-1856, Prusia había provocado, combatido y ganado la guerra austro-prusiana en 1866, poniendo así fin a cualquier posibilidad de una unificación de estados alemanes bajo la influencia austríaca. A continuación estalló la guerra franco-prusiana de 1870-1871, que acabó en una humillante derrota de los franceses, dejando una Alemania unificada como la potencia dominante en Europa, momento cruelmente simbolizado en 1871 en Versalles con la coronación del káiser Guillermo I como emperador alemán. Bismarck se dedicó a partir de entonces a evitar la guerra y a mantener el aislamiento internacional de Francia. Esta política alcanzó su momento de máximo apogeo en 1873 con la creación de la Liga de los Tres Emperadores por parte de Austria-Hungría, Rusia y Alemania. Esta alianza tan inestable por su propia naturaleza no tardó en romperse cuando surgieron serias discrepancias entre dos de los imperios, el de los Habsburgo y el de los Romanov, por las actividades de Rusia en los Balcanes, región que los austríacos consideraban que se encontraba dentro de su esfera de influencia. Aunque la unión de las tres potencias revivió en 1881, la cuestión de

los Balcanes siguió creando tensiones, y al final se rompió la alianza en 1887. Mientras tanto, Bismarck se había asegurado en 1879 la Alianza Dual con Austria-Hungría, acuerdo defensivo que preveía el apoyo mutuo entre los dos imperios si uno de ellos era atacado por Rusia, o una neutralidad benevolente si la agresión se producía por parte de otra potencia europea (que en aquellos momentos significaba claramente Francia). Este pacto se vio ampliado cuando se sumó a él la Italia recién unificada para formar la Triple Alianza en 1882. Como precaución, en 1887 Bismarck también firmó el tratado de Reaseguro con Rusia, en virtud del cual el imperio del zar y el alemán garantizaban su neutralidad si uno de ellos era atacado por una tercera potencia, siempre y cuando el primero no atacara Austria-Hungría. Sus razones para tejer semejante red de tratados se ponen de manifiesto en un discurso profético pronunciado en el Reichstag en 1888 durante una de las crisis de los Balcanes:

> Bulgaria, ese pequeño país entre el Danubio y los Balcanes, dista mucho de ser un objeto de la debida importancia... por el que hundir Europa, desde los Pirineos hasta Moscú, y desde el mar del Norte hasta Palermo, en una guerra cuya razón ningún hombre logra comprender. Al final de la contienda apenas sabríamos por qué habíamos luchado.[2]
>
> Canciller Otto von Bismarck

Pero la ascensión al trono del káiser Guillermo II ese mismo año precipitó la caída de Bismarck. El nuevo emperador tenía para Alemania unas ambiciones muy distintas, relacionadas con la posibilidad de nuevas anexiones territoriales y de desempeñar un papel primordial en el mundo, mientras que Bismarck se había concentrado en un asunto mucho más mundano, a saber, conseguir unos niveles de seguridad que ya se había sido alcanzado. Guillermo II soportaba cada vez menos la precavida política exterior y las conservadoras políticas sociales de su casi octogenario canciller, hasta que por fin decidió «despedir al timonel» en 1890.

Ni que decir tiene que Alemania contaba con diversas fuerzas inherentes a su naturaleza. Su unificación había coincidido con un auge impresionante en el campo de la industrialización que, a comienzos del siglo xx, había convertido una economía predominantemente agrícola en una gran potencia industrial europea. La producción de carbón, hierro y acero —pilar esencial de cualquier nación moderna— se había disparado. Pero Alemania también tenía un excelente sistema educativo que había permitido la alfabetización de casi toda su población. Este hecho dio lugar a una corriente constante de expertos en todo tipo de materias imaginables, así como a una comunidad científica, literaria y artística excepcionalmente viva. Alemania también podía ser considerada uno de los grandes centros de pensamiento progresista. Pero desde las entrañas del

estado su ejército permanecía al acecho. Dicho ejército era fruto de la fusión de las fuerzas armadas de los estados de Prusia, Baviera, Baden y Sajonia llevada a cabo con celeridad por oficiales del estado mayor altamente cualificados que inculcaban a sus unidades una doctrina militar común y se aseguraban de que recibieran un adiestramiento del más alto nivel. Uno de sus pilares era el sistema del servicio militar obligatorio, en virtud del cual alrededor del 60 % de los jóvenes eran llamados a filas al cumplir los veinte años y recibían un adiestramiento exhaustivo durante dos años (tres en el caso de la artillería y la caballería) antes de reincorporarse a la vida civil. Luego seguían recibiendo un entrenamiento anual con una unidad de reserva hasta los veintisiete años, tras lo cual pasaban a una segunda unidad de reserva (la *Landwehr*), en la que permanecían hasta los treinta y nueve, cuando eran por último transferidos a la reserva terciaria (la *Landsturm*). Solo a los cuarenta y cinco años quedaban por completo exentos de obligaciones militares con el estado. Este sistema creaba un arsenal humano de reservas perfectamente adiestradas que podían ser llamadas a filas con suma rapidez en caso de guerra, permitiendo una expansión masiva del tamaño del ejército. El ejército alemán no podía ser considerado la expresión defensiva de una nación deseosa de asegurar sus fronteras. Antes bien, constituía una clara amenaza, que obligaba a la mayoría de los estados-nación de Europa a aumentar su poderío militar mediante sistemas similares de reclutamiento forzoso.

A pesar de su enorme poderío, Alemania también tenía una serie de problemas fundamentales. La modernización política no se había desarrollado al mismo ritmo que el avance económico, y un sistema imperfecto de sufragio universal se veía aún más socavado por la naturaleza opaca de una Constitución fragmentada que dejaba muchísimo poder en manos del káiser. La ascensión al trono de Guillermo II no hizo más que exacerbar esta situación. Por su personalidad el emperador tendía a actuar con prepotencia, y carecía de la capacidad intelectual o resolutiva necesarias para permitir la evolución de una política madura y coherente. La volubilidad y el amor por los gestos teatrales eran los rasgos que mejor definían su carácter. Pero tenía el control directo del ejército y de la política exterior. Además, era responsable de todos los nombramientos importantes del gobierno y tenía el derecho de poder acceder sin trabas a todos los oficiales electos, lo que le permitía ejercer una influencia inapropiada en múltiples asuntos de estado. Para desgracia de Alemania, la imagen del káiser, con toda su jactanciosa pomposidad militarista, acabó simbolizando el estado Alemán en detrimento de elementos más sensatos de su gobierno. Esto creó una sensación exagerada de amenaza a los intentos lógicos por parte de Alemania de tener más voz y prestigio —en concomitancia con su flamante poderío— en los asuntos internacionales: la *Weltpolitik*. En su afán por obtener más esferas de influencia política y económica en el mundo, Alemania se mantenía muy activa en la lucha por el último reparto de colonias en África, sin dejar de

contemplar con codicia las numerosas posibilidades que ofrecía China o de maniobrar para ocupar una posición prominente cuando al final se desintegrara el imperio otomano. Pero mientras el káiser y sus ministros se esforzaban por obtener el reconocimiento del mundo, sus enemigos se preparaban para contrarrestar su posible agresión.

Francia era el enemigo más acérrimo de Alemania, pues aún se lamía las heridas de la derrota en la guerra franco-prusiana y se resentía con amargura de la pérdida de la provincia de Alsacia-Lorena. Cuando un país acaba de sufrir una derrota difícilmente se siente satisfecho de su destino, y los conflictos internos hacían mella en la III República establecida tras la caída de Napoleón en 1870. Había muchas cuestiones que dividían, entre otras la de una posible restauración de la monarquía, la del papel de la religión en la sociedad y la de la predominancia de la política de derechas o de la de izquierdas. A pesar de las fuertes presiones, sobrevivía un sistema de democracia parlamentaria con una Cámara de Diputados, un Senado y un presidente que ejercía de jefe de estado. A pesar de toda la agitación política interna, Francia todavía anhelaba poder conservar su posición como gran potencia imperial. No es de sorprender que el único campo en el que había un consenso prácticamente total de la nación fuera el relacionado con la necesidad de reconstruir el ejército para afrontar futuros desafíos, aunque incluso en este sentido las diferentes afiliaciones políticas o religiosas pudieran impulsar o entorpecer la carrera de un oficial.

La firme determinación de Francia de vengarse quedaba patente en su afán por alcanzar un poderío militar semejante al de Alemania. En 1870 se había enfrentado sola al poderío de Prusia y había demostrado sus deficiencias. Tras semejante experiencia aleccionadora, se puso a buscar activamente cualquier posible aliado que, además, pudiera proporcionarle apoyo militar. El fracaso de Alemania a la hora de renovar el tratado de Reaseguro con Rusia le brindó la oportunidad de llenar aquel vacío, y en 1892 Francia firmó convenientemente su alianza con el imperio del zar. Aunque dicha alianza tenía un carácter esencialmente defensivo, garantizando el apoyo mutuo en caso de que se produjera una agresión por parte de Alemania, las posteriores negociaciones militares que entablaron las dos potencias pusieron de manifiesto la importancia de asegurar una rápida concentración de fuerzas con el objetivo concreto de obligar a Alemania a librar batallas simultáneas en dos fronteras: la occidental y la oriental. En el marco de este escenario se desarrollarían los acontecimientos de los primeros años de la Gran Guerra.

Francia tenía, sin embargo, una segunda razón poderosa que venía a determinar su política exterior. Se trataba del firme propósito de mantener y expandir su vasto imperio global. Después de 1815, los franceses solo habían podido conservar unas cuantas colonias dispersas, pero a lo largo del siglo XIX habían empezado a irrumpir con fuerza en el norte de África, con la anexión o el control de Argelia y Túnez, tras lo cual iniciaron con éxito una notable ex-

pansión en el norte, el oeste y el centro del continente, con la idea de hacerse con una serie de posesiones. También contemplaban con codicia el futuro a largo plazo de Siria y Líbano en Oriente Medio, y poco a poco habían adquirido numerosos territorios en China y Extremo Oriente. Debe considerarse, pues, que Francia seguía siendo una potencia colonial agresiva; Alemania no era la única nación que buscaba su lugar en el mundo.

Rusia era la más enigmática de las grandes potencias. Poseedora de un potencial impresionante, seguía siendo un gigante a ratos dormido. Se extendía a través de un vastísimo territorio que comprendía grandes sectores de Europa y de Asia, y su ejército parecía inagotable, alimentado por una población de alrededor de ciento setenta millones de habitantes. Pero se trataba de un país que estaba entrando muy lentamente en el siglo xx. Aunque su tardía industrialización había experimentado cierta aceleración, seguía sin ser un estado moderno y se veía obligada a depender enormemente de la ayuda financiera de Francia para el desarrollo de su infraestructura.

Sin embargo, Rusia no era en absoluto un mero instrumento de los franceses y tenía sus propias ambiciones territoriales y geopolíticas. En primer lugar, tenía un gran interés en propagar la confusa idea del paneslavismo, que defendía la unidad cultural y política de todos los eslavos, un concepto que resultaba problemático a la luz de las enérgicas objeciones y de la negativa a cooperar de varios de los estados eslavos existentes y de algunos movimientos revolucionarios. Estos eslavos veían su futuro como países independientes, y no como elementos sometidos al imperio ruso. No obstante, Rusia había desarrollado fuertes vínculos con Serbia, que había surgido del protectorado del imperio otomano para ser reconocida internacionalmente en el congreso de Berlín de 1878; aunque al mismo tiempo la disputada región de Bosnia, también habitada por una población de origen mayoritariamente serbio eslavo, fue asignada al control del Imperio Austrohúngaro. No se establecería ninguna alianza formal entre Rusia y Serbia, pero la primera estaba firmemente decidida —en la medida de lo posible— a proteger el pequeño estado Serbio de sus agresivos vecinos, ya fueran los austrohúngaros, los búlgaros (que constituían un país eslavo menos entusiasta de los rusos) o los decadentes otomanos. Por otro lado, las ambiciones de Rusia en la región excluían la posibilidad de una expansión demasiado importante de Serbia. Este tipo de motivaciones entrecruzadas eran sintomáticas de los turbios entresijos de la política en los Balcanes.

En lo concerniente a política exterior, una segunda ambición de los rusos, o mejor dicho, una obsesión, era asegurarse el control de la salida del mar Negro —a través del Bósforo y los Dardanelos— al Mediterráneo; un objetivo que al final requeriría la conquista de Constantinopla y la desintegración del imperio otomano. Ya habían estallado varias guerras con este propósito, las más destacadas la de Crimea de 1854-1856 y la ruso-turca de 1877-1878. La balanza comercial rusa, en particular el grueso de sus exportaciones de grano,

dependía del tránsito seguro de este producto por los Dardanelos, y los ministros del gobierno eran perfectamente conscientes de que el cierre de los estrechos turcos podía provocar graves daños económicos. Era lógico que Rusia estuviera muy preocupada ante cualquier aumento amenazador del poderío naval turco en el mar Negro. Pero también estaba firmemente decidida a impedir que cualquier otro país —fuera el que fuese— se asegurara el control de los estrechos: si no podía ser ella, entonces mejor que fueran los turcos que otro contrincante más enérgico, como, por ejemplo, Bulgaria o Grecia.

Por último, Rusia también había intentado una expansión por el este, más allá de Asia central, a través de Siberia, para disponer de un puerto seguro que le diera acceso al océano Pacífico. Tales ambiciones hicieron que entrara en conflicto con Japón, considerado hasta entonces un país de poca importancia, que, sin embargo, había adquirido muchas de las características propias de un estado-nación moderno. En la guerra ruso-japonesa de 1904-1905, los rusos habían sufrido una derrota contundente, viéndose obligados a emprender una humillante retirada. Esta, sin embargo, no fue más que una interrupción temporal del programa ruso de expansión imperial al otro lado de unas fronteras no compartidas con otra gran potencia similar a ella. En una región enorme, que se extendía desde Manchuria, Mongolia y Turquestán, a través de Afganistán, hasta Persia y Anatolia, los rusos no dejaban de presionar y de tantear el terreno con la intención de ganar influencia, trasladando a la zona colonos y enviando agentes políticos con el fin de desestabilizar los regímenes locales.

No obstante, aunque creciera rápidamente, lo cierto es que Rusia sufría graves presiones internas provocadas por su anacrónico sistema de gobierno: una autocracia regida por el zar Nicolás II desde 1894. Las tensiones eran fruto de la confrontación existente entre los conservadores reaccionarios, que querían preservar el *statu quo*, los liberales, que pretendían introducir una reforma social presidida por una monarquía constitucional con poderes más limitados, y los revolucionarios de toda índole, que querían derribar el estado y poner el poder en manos de distintas facciones del pueblo. La agitación social se descontroló dando lugar a una revolución generalizada en 1905. En medio de un sinfín de huelgas y motines, en los grandes centros urbanos se establecieron consejos de trabajadores. Al final Nicolás II se vio obligado a conceder cierto grado de reforma política, creando un órgano legislativo central en la Duma con algunos derechos de voto, dando así los primeros pasos hacia una monarquía constitucional. Las distintas facciones de la oposición tuvieron reacciones diversas: unas se mostraron satisfechas por el momento, y otras consideraron insuficientes las reformas. Esta desunión permitió que el estado recuperara el control, pero era evidente la amenaza que se cernía sobre el orden establecido.

Así pues, vemos que Rusia vivía atormentada por el espectro de la revolución, se veía arrastrada por sus problemas internos sistemáticos y necesitaba desesperadamente una modernización. La guerra ruso-japonesa había puesto

de manifiesto que la cantidad no bastaba, sino que también debía haber calidad. Los rusos necesitaban un ejército bien adiestrado que estuviera debidamente equipado con armas modernas, una fuerte presencia naval en todas las costas y una reorganización total de los recursos logísticos que requería una guerra. Lo que ya era discutible es si para alcanzar todo ello era imprescindible la industrialización de la economía y una mayor democratización del estado. No había duda, sin embargo, de que a su debido tiempo Rusia iba a ser un valioso aliado para Francia.

El antagonismo tanto de Francia como de Rusia era una cruz que Alemania debía soportar. Pero lo peor estaba por venir, pues las ambiciones globales del káiser daban lugar a sonoros desacuerdos con la que era la principal potencia colonial. El imperio británico era inmenso y sufría cierta inestabilidad, pero seguía siendo una fuerza viva. Este imperio colonial —basado en la conquista y en la explotación comercial pura y dura— se extendía por todo el planeta y gobernaba sobre una cuarta parte de la población mundial. Gran Bretaña no solo estaba firmemente decidida a conservar su posición global, sino también a expandirse, particularmente en Egipto, Mesopotamia y Persia. Las desavenencias por cuestiones coloniales se vio exacerbada cuando Alemania inició la construcción de una flota con la única finalidad de desafiar el control absoluto de los océanos que ejercía la Marina Real británica. Los ingleses se habían asegurado ese dominio de los mares manteniendo una flota capaz de derrotar las armadas de las otras dos potencias que podían hacerles sombra (un hecho cuyos beneficios estratégicos significaban que el imperio podía ser defendido por un ejército profesional relativamente reducido en comparación con las masivas fuerzas basadas en el reclutamiento forzoso que necesitaban las potencias continentales). Los más nostálgicos afirmarán que Gran Bretaña era un país en paz consigo mismo antes del estallido de la Gran Guerra; en realidad, era una sociedad sometida a fuertes tensiones. En las colonias, el nacionalismo constituía una gran amenaza, y los problemas relativos al autogobierno y a la independencia provocaban una enorme agitación en todo el imperio. Más cerca, el estatuto de autonomía —o Home Rule— de Irlanda polarizaba gravemente a la opinión pública, no solo en Irlanda, sino también en el ejército al que se le exigió aplicar cualquier medida punitiva que se le solicitara. La cuna de la revolución industrial también soportaba el legado de unas fábricas anticuadas, unas condiciones de trabajo terribles, unas relaciones problemáticas con su mano de obra y una base industrial en decadencia. El sistema de clases perfectamente establecidas propio de Gran Bretaña provocaba resentimiento por los privilegios ejercidos por unos pocos en claro detrimento de la mayoría, lo que dio lugar a un auge de los partidos socialistas y del movimiento sindicalista. Las enérgicas campañas sufragistas indicaban el deseo de emancipación de la mujer y su firme voluntad de disfrutar de los mismos derechos políticos que el hombre.

Gran Bretaña, acuciada por sus propios problemas, habría preferido mantenerse al margen de cualquier disputa europea. Pero esto no era posible. No solo se cernía sobre su armada la amenaza de la flota alemana, sino que era evidente que, de imponerse a Francia y a Rusia, Alemania se haría con el control absoluto de Europa. Esta posibilidad era contraria al espíritu de la política internacional británica: buscar siempre un equilibrio entre las grandes potencias. Francia se daba cuenta de ello y cortejaba con insistencia a su antigua enemiga. Ante la falta de señales conciliadoras por parte de Alemania, y atormentada por la amenaza naval, Gran Bretaña comenzó a inclinarse por Francia. No es que confiara plenamente en ella —de hecho, en las primeras fases de este proceso, ninguna de las dos partes fue un socio fiable—, pero una y otra tenían un enemigo común: Alemania. En abril de 1904 se firmó entre los dos países un tratado que ponía fin a los desacuerdos coloniales existentes y que poco a poco dio lugar a la Entente Cordiale cuando los dos países empezaron a coordinar sus planes navales y militares de una manera que, aunque no fuera vinculante, imponía claramente a los británicos la exigencia moral de intervenir en nombre de los franceses en el caso de que estallara la guerra debido a una agresión alemana.

Con Rusia un acercamiento no era una cuestión tan fácil. Gran Bretaña y Rusia habían estado compitiendo por hacerse con el control de Asia central en una especie de rivalidad estratégica que Kipling hizo famosa denominándola «El Gran Juego», con los ingleses sumamente preocupados por la amenaza latente que suponían los rusos para la India. Buena parte de las tensiones se debían a la lucha por controlar Afganistán, región considerada una zona tapón o una escala obligatoria, dependiendo de la perspectiva. También se producían tensiones por las maniobras que hacían ambos países para afianzar su posición en China. Pero con una amenaza mucho más inmediata y próxima como la que representaba Alemania, había que aparcar todas esas diferencias, y fue así como en 1907 se firmó la entente anglo-rusa. Este acuerdo definía fronteras y zonas de interés de una manera que resultaba aceptable para las dos partes, pero lo más importante es que supuso el nacimiento *de facto* de la Triple Entente de Francia, Rusia y Gran Bretaña. Para Alemania representaba un absoluto desastre. Era evidente que, tras la marcha de Bismarck, el estado germano había desarrollado un talento especial, y perturbador, para granjearse enemigos poderosos.

No obstante, Alemania disponía de un fiel aliado: Austria-Hungría. Por desgracia, el Imperio Austrohúngaro era una institución bastante antigua que había venido formándose a lo largo de siglos de conflictos y mediante diversos acuerdos dinásticos matrimoniales. Su última personificación era la monarquía dual creada en 1867 tras firmarse un acuerdo en virtud del cual el imperio austríaco y el vecino reino de Hungría decidían compartir el mismo monarca, el emperador Francisco José I, que gobernaba el imperio austríaco desde 1848, y

que también se convertía en rey de Hungría. Más parecido a una curiosidad histórica que a un vibrante estado-nación moderno, este imperio constituía un mosaico de distintas nacionalidades en el que la población austríaca y húngara se veía ampliamente superada en número por otros grupos étnicos que se habían visto agregados al imperio a lo largo de los años. Su sistema político era complejo, pues tanto Austria como Hungría contaban con su propio gobierno y su propio Parlamento que reivindicaban diversos poderes, mientras que el emperador Francisco José y sus ministros ejercían el control de la política exterior y de las fuerzas armadas. La eficiencia brillaba por su ausencia, y los Parlamentos nacionales se mostraban, no sin razón, poco proclives a financiar más gasto militar que el exclusivamente necesario para un ejército que quedaba al margen de su control. Pero el problema principal era el espectro de nacionalismo paneslavo que tanto entusiasmaba a los rusos. Entre los eslavos del Imperio Austrohúngaro latía un fuerte deseo de separatismo y unificación, aunque, en verdad, pocos de ellos podían ponerse de acuerdo a la hora de definir ese sentimiento o en la manera de hacerlo realidad. Este anhelo se veía en gran medida estimulado desde el exterior por Serbia, que abierta o encubiertamente apoyaba a los grupos eslavos del imperio. Serbia era cada vez más sintomática de todo lo que hería la susceptibilidad de los austrohúngaros.

Dentro de las Potencias Centrales, el otro aliado de Alemania era Italia, aunque la relación con este país no fuera tan sólida. Italia estaba formada por una serie de estados antiguamente independientes que solo habían sido unificados durante el siglo XIX a partir de la iniciativa de la región noroccidental de Piamonte. Como Francia y Austria-Hungría impidieron su expansión por el continente europeo, Italia se fijó en el norte de África para el establecimiento de sus propias colonias, pero sus aspiraciones se habían visto considerablemente frustradas debido a la competición con Francia en dicha región, como quedó de manifiesto en 1881 tras la anexión de Túnez por parte de los franceses. Desesperada por encontrar aliados que garantizaran su seguridad en un mundo tan peligroso, Italia se había unido a la Triple Alianza en 1882. Pero difícilmente podía formar un conjunto armónico con sus socios, pues había librado numerosas batallas con el Imperio Austrohúngaro durante su tortuoso proceso de unificación, y seguía habiendo graves e importantes disputas fronterizas relacionadas con la ocupación austríaca de las regiones del Trentino, Istria y Trieste. Era evidente que una alianza con Austria no iba a ser nunca aceptada por el pueblo italiano, y eran pocos los que creían que su gobierno iba a acatar el tratado por mucho que Alemania o Austria-Hungría fueran víctimas inocentes de una agresión inexcusable por parte de Francia o Rusia. En esencia se trataba de una alianza unidireccional.

Pegada a los márgenes de Europa se encontraba Turquía, los restos del imperio otomano. Los turcos compartían muchos de los problemas de sus antiguos adversarios del Imperio Austrohúngaro. Solo la mitad de la población

era de origen turco, y el resto estaba formado por un conglomerado de diversas nacionalidades, como, por ejemplo, eslavos, griegos y árabes, que a su vez se distinguían por una variedad de diferencias religiosas. Turquía había perdido la mayoría de sus territorios europeos, pues Grecia, Rumanía, Serbia, Montenegro y Bulgaria habían obtenido la independencia. Por otro lado estaba el problema que suponía la eterna amenaza rusa. Turquía parecía encontrarse rodeada de enemigos, y las presiones nacionalistas corroían sus órganos vitales. Las principales potencias europeas permanecían al acecho, exigiendo cada vez más concesiones y «zonas de interés» que auguraban un desmembramiento completo del imperio en un futuro no muy lejano. Los turcos debían afrontar todas estas amenazas paralizados por una economía agrícola, una escasísima industria pesada, una reducida —por no decir ninguna— explotación de sus recursos naturales y el agobio que suponía su enorme deuda nacional. El imperio estaba gobernado por los «Jóvenes Turcos», que habían asumido parte del poder en 1908. Su objetivo era la modernización del país, pero carecían de los medios necesarios para lograrlo (la ayuda exterior solo llegaba acompañada de unas condiciones que amenazaban con crear una nueva espiral de declive). Aunque los británicos profesaban amistad a Turquía y habían enviado una misión naval, eran los alemanes los que parecían más predispuestos a ayudar a los turcos, o a aprovecharse de ellos. Su misión militar había arraigado perfectamente en el ejército turco, y la línea férrea entre Berlín y Bagdad era un ambicioso proyecto con el que pretendían asegurar y explotar nuevas esferas de influencia de tipo comercial para la industria alemana. Turquía se encontraba en una situación sumamente peligrosa, y resultaba difícil comprender cómo una guerra podía beneficiar a un país que ya estaba a punto de declararse en quiebra. Era evidente que Turquía no podía permitirse el lujo de unirse al bando perdedor: un hecho semejante marcaría sin lugar a dudas la disolución final de su tambaleante imperio.

Mientras Europa iba transformándose lentamente en dos bloques armados de proporciones colosales, los años anteriores a la guerra se caracterizaron por la intensidad de una carrera armamentística que dominó las economías de las grandes potencias. Cada bando disponía de grandes fabricantes de armamento con un ritmo de producción sin precedente. Cada avance en el campo de las armas pequeñas, las ametralladoras o la artillería era imitado, contrarrestado y luego superado por las potencias rivales. Continuamente se experimentaba para desarrollar, en la medida de lo posible, las armas que resultaran más certeras, fiables y letales. El avión y el dirigible ya eran contemplados como futuras armas de guerra, y en el terreno naval se hacían grandes progresos en el desarrollo del submarino. Nadie podía permitirse quedar atrás; pero no solo en el campo de las armas. Era necesario crear grandes ejércitos de reclutas a los que había que alimentar, vestir, armar, alojar en cuarteles, adiestrar y preparar debida y regularmente en el curso de unas maniobras de campaña. Y para todo ello hacía falta

mucho dinero. La carrera armamentística amenazaba con absorber los presupuestos nacionales de los países en liza a una velocidad sin precedente.

Una planificación para lo inimaginable

A medida que las Potencias Centrales y la Triple Alianza se convertían en bloques cada vez más antagonistas, sus respectivas autoridades militares iban actualizando de forma constante los planes de guerra. Esa, al fin y al cabo, era su función: no podían permitirse que los caprichos de la política internacional acabaran cogiéndolas por sorpresa. La incompetencia de la diplomacia alemana tras la marcha de Bismarck provocó graves problemas al ejército alemán. Algunos de sus oficiales más clarividentes ya habían vivido con suma contrariedad la falta de pericia para acabar con Francia después de que una serie de aplastantes victorias iniciales sobre el ejército galo culminaran con la humillante captura del emperador Napoleón III en septiembre de 1870. Antes bien, un gobierno provisional y radical de los franceses había rechazado de pleno los términos de la paz propuestos por Alemania y había puesto en marcha una «guerra del pueblo», recurriendo al reclutamiento forzoso para formar un «nuevo» ejército que, de hecho, doblaba en número al ejército francés. Una expansión tan rápida de un ejército constituía una empresa increíblemente ardua, pues no abundaban los oficiales y los suboficiales que contaran con una preparación adecuada, y los nuevos reclutas no eran verdaderos soldados por mucho potencial que tuvieran para ello. Además, este nuevo contingente francés carecía del armamento y los equipos más pesados propios de un ejército profesional, en particular de artillería. Pero los alemanes habían tenido muchas dificultades para enfrentarse a él, tardando varios meses en derrotarlo definitivamente, no sin antes sufrir las molestas acciones de un enjambre de francotiradores que se dedicaba a hostigar sus líneas de comunicación.

La reacción del jefe del estado mayor general, el general Helmuth von Moltke, a este inesperado resurgimiento francés fue muy curiosa. Lo identificó como el indicador de un cambio fundamental en la naturaleza de la guerra que marcaba un alejamiento de las batallas libradas por ejércitos profesionales para acercarse a un mundo en el que naciones enteras tomaban las armas. Pero su reacción inmediata fue de gran contundencia: decidió aplastar cualquier foco de resistencia en Francia, no solo destruyendo los ejércitos galos, sino también erradicando los recursos que podían permitir su creación; en esencia, concibió una guerra de exterminio. Cuando París cayó, los franceses pidieron finalmente la paz, pero Moltke quería seguir la guerra, a lo que se opuso Bismarck. El jefe del estado mayor alemán lamentaría siempre lo que consideraba la oportunidad perdida de acabar con la amenaza francesa de una vez por todas. Durante los años siguientes, mientras los franceses introducían el reclutamiento for-

zoso e iban rearmándose, Moltke se daría perfecta cuenta de que Francia nunca más volvería a convertirse en una presa fácil.

> Si estalla una guerra nadie podrá determinar su duración ni prever su final. Las grandes potencias de Europa, mejor armadas que nunca, lucharán unas contra otras. Ninguna podrá ser destruida totalmente en una o dos campañas como para declararse derrotada y verse obligada a aceptar unas duras condiciones de paz de tal manera que, incluso al cabo de un año, no pueda reemprender el combate. Caballeros, podría ser una guerra de siete o incluso de treinta años, pero ¡ay de aquel que prenda fuego a Europa y sea el primero en arrojar una cerilla encendida en el barril de pólvora![3]
>
> General Helmuth von Moltke,
> jefe del estado mayor general, Ejército Imperial alemán.

Y lo que era aún peor, Moltke era perfectamente consciente de que Alemania, con toda probabilidad, tuviera que combatir contra Francia y Rusia a la vez. Sería a todas luces sumamente complicado derrotar a uno de estos países antes de que hubiera que enviar a las reservas a contrarrestar las operaciones ofensivas del otro. Sus planes de guerra, con su énfasis en la defensa estratégica, reflejaban esta visión pesimista, aunque también incluyeran ataques brutales para debilitar la resolución inicial del adversario y obligarlo a sentarse en la mesa de las negociaciones.

Cuando el general Alfred von Schlieffen asumió el mando del estado mayor general en 1892, decidió empezar de nuevo y encargar la elaboración de diversos planes para cualquier tipo de eventualidad imaginable: una guerra con Francia, una guerra con Rusia y una guerra con ambas potencias, situación que, tras la marcha de Bismarck, parecía más una probabilidad que una verdadera posibilidad. Para solucionar los problemas que iban encontrando durante su labor, los numerosos estados mayores recurrieron a una gran variedad de escenarios simulados de guerra, ejercicios de campaña, traslados de personal y estudios sobre la factibilidad de las propuestas. Como calculaba que en una guerra con Francia y Rusia las fuerzas alemanas se verían en inferioridad numérica (tres contra cinco aproximadamente), pretendía evitar una guerra larga en la que los grandes batallones de sus adversarios tuvieran la oportunidad de sacar provecho de esta ventaja. Esto significa que, a pesar de todas las dificultades, Schlieffen estaba firmemente decidido a tomar una rápida determinación, pues consideraba que, de lo contrario, se corría el peligro de provocar la destrucción económica y militar de Alemania.

La tentación era dirigir la primera agresión contra el ejército más débil, el ruso, que seguía en proceso de modernización. Pero la dificultad que suponía obtener una victoria contra unas hordas rusas que podían limitarse simplemen-

te a replegarse hacia el interior del vasto imperio del zar no era una cuestión baladí y resultaba sumamente preocupante, pues aún era muy vivo el recuerdo de la catastrófica retirada de Moscú de las tropas napoleónicas en 1812. De ahí que Schlieffen opinara que no era posible conseguir una *rápida* victoria sobre Rusia. Poco a poco iba decantándose por la idea de contener a los rusos por el este con una fuerza relativamente reducida, y lanzar por el oeste una fuerte ofensiva contra Francia. Este plan, sin embargo, generaba numerosos problemas militares, pues el ejército francés no solo constituía un rival mucho más formidable que el ruso, sino que también disponía de diversas fortificaciones modernas junto a la frontera franco-germana. Todo ello también parecía ir en contra de una rápida victoria alemana.

La conclusión a la que llegó Schlieffen para solucionar el problema parecía sencilla: iba a rodear la línea de fortificaciones francesas. Violando la neutralidad de Holanda, Bélgica y Luxemburgo, entraría en Francia por el norte, rodearía los ejércitos franceses y provocaría una batalla corta y decisiva que hiciera tambalear la resistencia de los franceses y permitiera a Alemania dictar los términos de una paz o dirigirse contra Rusia según lo previsto. En un primer momento, este fue un plan de contingencia, pero a medida que fue aumentando el poderío del ejército alemán, se convirtió poco a poco en el principal plan de guerra. Los orígenes del llamado «Plan Schlieffen» se han visto empañados por quienes han señalado correctamente que fue objeto de examen en sus muchas versiones y de constantes retoques y ajustes a la luz de la información que iban proporcionando los servicios de inteligencia y de la disponibilidad real de efectivos en cada momento. Sin embargo, ni que decir tiene que no fue nunca la creación estática del imaginario popular, sino más bien un plan mutante que tenía sus orígenes en solo un aspecto relevante del conjunto de las actividades planificadoras de Schlieffen. Los tan cacareados informes Schlieffen de 1905 y 1906, otrora comúnmente considerados depositarios de la esencia del plan, resultaron tristemente decepcionantes cuando se comprobó que apenas contenían verdaderos detalles operacionales. De hecho, en su último simulacro de guerra antes de retirarse en 1906, el propio Schlieffen insistió en mantener una actitud defensiva y se abstuvo de llevar a cabo maniobras ofensivas como las que por lo general se le han atribuido; es evidente que, incluso al final de su carrera, Schlieffen seguía calibrando y experimentando distintas soluciones para resolver el dilema en el que se veía inmerso el ejército alemán por culpa de los fracasos de la política exterior alemana.

El Plan Schlieffen fue ante todo un plan propio de su tiempo. En 1906 los rusos aún estaban totalmente abatidos por la derrota sufrida en la guerra contra Japón. Schlieffen consideraba que el ejército del zar estaba en unas condiciones tan lamentables que hasta que no fuera objeto de una reforma radical no iba a ser capaz de llevar a cabo con éxito operación ofensiva alguna. Pero los rusos no tardarían en demostrar una capacidad regeneradora que frustrarían por

completo las esperanzas de Alemania. En efecto, el «Gran Programa» de reformas del ejército puesto en marcha en 1913 auguraba para 1918 un ejército ruso en tiempos de paz con 2.200.000 efectivos. Esta perspectiva de un aumento considerable del poderío militar de Rusia constituiría el meollo del problema que heredaría el sucesor de Schlieffen como jefe del estado mayor, el general Helmuth von Moltke, llamado «el Joven» para distinguirlo de su tío, el anteriormente citado Helmuth von Moltke, conocido como «el Viejo». Alemania soportaría no solo una guerra en dos frentes, sino también, en último término, la perspectiva desalentadora de un ejército ruso enorme y moderno que rápidamente iba a ser movilizado a la frontera ruso-germana por medio de un ferrocarril, financiado poco tiempo antes gracias a las importantes inversiones llevadas a cabo por los franceses. Moltke reconsideró el problema, pero no supo desarrollar una estrategia coherente para contrarrestar la posición cada vez más deteriorada de Alemania. Era evidente que Rusia no podía ser atacada y derrotada de una manera rápida, por lo que había que lanzar la principal ofensiva contra Francia. Y como era harto improbable que se pudiera acabar rápidamente con los franceses emprendiendo un ataque directo a través de la frontera franco-alemana, el Plan Schlieffen seguía ofreciendo una perspectiva esperanzadora, a la que se aferró Moltke en ausencia de algo mejor. Lo que ya resulta más dudoso es que un hombre con muchos más recursos como Schlieffen se hubiera visto obligado a adoptar esa misma línea.

Un memorándum teórico o un informe escrito lleno de recomendaciones no es lo mismo que un plan practicable, y fueron Moltke y su estado mayor los que elaboraron todos los planes de guerra operacionales. Moltke también realizó diversos ajustes importantes para reflejar algunos de los cambios que se habían producido en la situación táctica y política. En primer lugar, se vio obligado a reforzar los destacamentos alemanes de la frontera con Francia para contrarrestar la casi inevitable invasión de Alsacia-Lorena por parte de los galos. En segundo lugar, como no quería alargar la lista de enemigos de Alemania, decidió evitar la invasión de Holanda. En tercer lugar, programó un primer ataque sorpresa contra las formidables fortificaciones belgas de Lieja para asegurarse de que no constituyeran un impedimento para avanzar a través de Bélgica. En cuarto lugar, trató de convertir la alianza con Austria-Hungría en una realidad militar en toda regla. Solo *uno* de los ejércitos alemanes movilizados sería asignado al Frente Oriental, donde iba a necesitar toda la ayuda que las fuerzas austrohúngaras pudieran proporcionarle si tenía que resistir en ese frente mientras se derrotaba a Francia. Moltke «el Viejo» y Schlieffen se habían mostrado siempre muy escépticos respecto al valor potencial del ejército austríaco, pero Moltke «el Joven», cuya situación era más desesperada, hizo todo lo posible para incorporarlo a sus planes. Trabajó en colaboración con el jefe del estado mayor austríaco, el general Franz Conrad von Hötzendorf, para intentar asegurar su plena colaboración a la hora de repeler cualquier ataque ruso inicial.

La otra gran preocupación de Moltke tenía un cariz mucho más siniestro. Temeroso del poderío cada vez mayor de Francia y Rusia, quería que estallara la guerra lo antes posible, antes de que se deteriorara aún más la situación de Alemania en relación a sus enemigos. Al final, Alemania iría a la guerra con la esperanza de obtener una rápida victoria utilizando la gran eficacia operacional de su ejército antes de que los enemigos pudieran movilizar adecuadamente sus recursos. Cuando se presentó la oportunidad de empezar la guerra, Moltke se aferró a ella. Lo irónico es que en lo más profundo de su corazón nunca creyó del todo en la victoria final de Alemania.

Los primeros planes franceses tras el desastre de 1871 tuvieron, como cabe imaginar, un carácter esencialmente defensivo. Se introdujo un sistema oficial de servicio militar obligatorio para crear un verdadero ejército nacional, y para proteger sus territorios los franceses construyeron una costosísima cadena de fortificaciones modernas dentro de la nueva frontera franco-alemana. El ejército galo también abrazó por fin la modernización, al menos en parte, con la introducción de la floreciente parafernalia de guerra para poder estar a la altura de los avances alemanes. Entre bastidores se produjo una mejora a largo plazo de la infraestructura logística de guerra, prestando particular atención a los ferrocarriles con la finalidad de utilizarlos para trasladar rápidamente a las tropas hasta las fronteras con Alemania. Un sistema más profesional de oficiales de estado mayor y un alto mando unificado también empezaron el proceso de establecer juntos una doctrina militar coherente.

La alianza acordada con Rusia en 1892 supuso más oportunidades ofensivas, y la estrategia militar francesa no tardó en reflejar la posibilidad de lanzar un ataque a Alsacia-Lorena, la provincia perdida. Los oficiales del estado mayor francés elaboraron una gran variedad de planes que, con lógica gala, se caracterizaban por una secuencia de números romanos. Al menos en teoría, eran conscientes de la amenaza de una gran ofensiva alemana por el norte de Francia y Bélgica (como, de hecho, había sugerido Schlieffen). Aunque muchos altos mandos franceses no podían hacerse realmente a la idea de que Alemania se atreviera a violar de una manera tan brutal la neutralidad de Bélgica, sus planes empezaron a reflejar esta posibilidad; en efecto, a partir de 1906 comenzaron el despliegue de un número mayor de tropas en el norte. Sin embargo, los franceses seguían sin contar con suficientes efectivos para cubrir debidamente sus fronteras desde Suiza hasta el mar del Norte, por lo que había que tomar difíciles decisiones. El hombre elegido para esta misión fue el general Joseph Joffre. Nacido en 1852 en un entorno rural, Joffre había tenido su primera experiencia de servicio activo siendo aún un cadete oficial en el sitio de París durante la guerra franco-prusiana. A continuación había prestado sus servicios como ingeniero militar en las colonias francesas de Indochina y el

norte de África. Tras diversos ascensos, en 1904 fue nombrado director de Ingeniería, cargo en el que demostró un gran dominio del procedimiento administrativo y su energía para sacar el trabajo adelante, cualidades que en poco tiempo se tradujeron en un nuevo ascenso, primero para comandar una división, luego un cuerpo y finalmente, en 1911, para ponerse al frente del estado mayor general, con el cargo asociado de comandante en jefe del ejército francés si estallaba una guerra. Como a Joffre no se le conocían afiliaciones políticas o religiosas específicas, su nombramiento resultó relativamente aceptable para todos los bandos, y su firmeza de carácter no solo era alentadora, sino que también comportaba que fuera considerado un hombre competente.

Joffre empezó enseguida una revisión exhaustiva de la estrategia, teniendo en cuenta la visión predominante de que Gran Bretaña se uniría a los franceses en una guerra contra Alemania, y expresando su firme determinación a aplastar a los germanos y recuperar las provincias perdidas. Estas ideas se vieron reforzadas por la promesa de los rusos de que estaban capacitados para desplegar entre 700.000 y 800.000 soldados en una ofensiva contra Prusia Oriental a las dos semanas de su movilización. En vista de la relativa lentitud del proceso de movilización de los rusos, puede parecer que la mejor opción para Francia era mantenerse a la defensiva hasta que los rusos pudieran estar presentes con todo su potencial en las fronteras orientales de Alemania. Lamentablemente, en aquellos momentos el ejército francés estaba convencido de la efectividad del planteamiento ofensivo y no del defensivo. Los teóricos militares proclamaban la superioridad moral del ataque y postulaban que los nuevos sistemas armamentísticos permitirían tal concentración de poder de fuego contra las tropas defensoras que acabaría por romper su voluntad de resistir. La táctica era considerada una nimiedad en comparación con los inspiradores efectos del ardor que corría por las venas de cualquier *poilu* francés; unos soldados debidamente motivados y bien capitaneados, sin temor a nada ni a nadie, podían superar todo tipo de obstáculos valiéndose solo de la audacia de sus asaltos, golpeando las defensas enemigas antes de que estas se dieran cuenta de lo que ocurría y demostrando su capacidad de ataque a punta de bayoneta. Todas estas ideas quedaban reflejadas en declaraciones doctrinales que manifestaban que «solo la ofensiva cosecha buenos resultados». Se trataba, sin embargo, de una burda simplificación de las complejidades de la guerra moderna. Aunque era cierto que el planteamiento ofensivo podía garantizar la elección del lugar y del momento del ataque, si no se prestaba la debida atención a la situación militar también podía provocar pérdidas devastadoras que mermarían rápidamente la capacidad efectiva del agresor. Estas dudas, sin embargo, no tenían cabida en la Francia frenética de antes de la guerra en la que se exaltaba el poder de la «offensive à l'outrance».

Fue en este ambiente en el que Joffre elaboró el Plan XVII, la última revisión de la estrategia francesa para la que sería la Gran Guerra. Dicho plan no constituía una apuesta ciega por la conquista de Alsacia-Lorena como a menu-

do ha sido presentado. Joffre estaba convencido de que los alemanes atacarían por Bélgica, y de hecho llegó a ver este territorio como futuro campo de batalla, pero sus jefes políticos del mundo civil —conscientes de la actitud de los británicos— insistieron inteligentemente en que primero Alemania tendría que violar la neutralidad de Bélgica. Esta incerteza más bien excluía la posibilidad de que los franceses lanzaran su principal ofensiva en Bélgica y convertía Alsacia-Lorena en la primera opción. Se trataba ante todo de un plan de concentración que colocaba cuatro ejércitos a lo largo de la frontera con Alemania, con Luxemburgo y con Bélgica, dejando otro en la reserva. Se esperaba que, una vez en sus posiciones, estos contingentes avanzaran para ocupar Alsacia-Lorena, pero con la opción de utilizar dos ejércitos para repeler el ataque lanzado por las fuerzas alemanas desde Bélgica y el norte de Francia. En sí mismo el plan no obligaba a Joffre a seguir unas pautas concretas. Pero la presunción era siempre que atacaría por algún lugar, y que mientras tanto los rusos lanzarían una ofensiva en el Frente Oriental. En 1913, la aprobación de la Ley de los Tres Años, que elevaba hasta treinta y seis meses la duración del servicio militar obligatorio, sirvió para garantizar la disponibilidad de parte de los hombres que necesitaría Joffre para su misión. Esto significaba que, aunque Alemania tenía una población de cerca de sesenta millones de habitantes (unos veinte millones más que Francia), la mayor duración del servicio militar de los galos les permitiría contar con un ejército del mismo tamaño que el germano. Los franceses, como los alemanes, hacían su planificación pensando en una guerra corta, aunque hubiera indicios de que una serie inicial de batallas decisivas tal vez no lograran poner fin al conflicto. Calculaban que, por mucho éxito que tuviera su operación, tardarían seis largos meses incluso para llegar al Rin, donde intuían que era harto probable que los alemanes opusieran una gran resistencia. Y, por supuesto, la cosa sería a la inversa si los franceses no tenían el éxito esperado. Pero lo cierto es que, desde el punto de vista práctico, se hizo muy poco, por no decir nada, para prepararse para una guerra larga: las provisiones existentes de munición fueron consideradas suficientes, y no se elaboró plan alguno para poner la industria al servicio de la causa común.

Cuando Gran Bretaña se unió a la Triple Entente, las exigencias de la guerra comportaron que este país no solo fuera requerido a cargar con buena parte de la responsabilidad naval de la alianza, sino que también se esperara de él que contribuyera aportando una considerable fuerza terrestre. La Marina Real aseguraría el mar del Norte, el canal de la Mancha y el Atlántico, y la armada francesa haría lo propio en el Mediterráneo. Pero los franceses también ansiaban que la Fuerza Expedicionaria Británica (BEF, por sus siglas en inglés) ocupara un lugar propio en el frente. Esperaban contar con seis divisiones de infantería y una de caballería a los dieciséis días de que se anunciara la movili-

zación, por sí mismas unas fuerzas triviales en comparación con los enormes ejércitos que se preparaban para la guerra, pero que constituían todo un símbolo de la participación británica. Joffre planeaba situarlas a la izquierda de los ejércitos franceses, frente al flanco derecho de las fuerzas alemanas, aunque su posición no era en realidad una cuestión muy relevante. La importancia de Gran Bretaña en la alianza al principio de la guerra radicaba en su aportación naval a la causa; no podía esperarse que ocurriera nada relevante en tierra al menos durante un año, un plazo que iba más allá del horizonte estratégico de los franceses. De mucha más importancia para los franceses resultaba el antiguo compromiso de Rusia de proporcionar las fuerzas militares necesarias para atacar a los alemanes en el Frente Oriental.

En el Frente Oriental los rusos eran perfectamente conscientes de que los alemanes pretendían atacar primero a los franceses, por lo que tan solo les bastaría con resistir con firmeza en Prusia Oriental. La cuestión era cómo utilizar los masivos ejércitos rusos durante el primer mes de la guerra, período sumamente crucial, para sacar el mayor provecho de ellos. El alto mando ruso debía tener en cuenta la configuración de la frontera entre Rusia y las Potencias Centrales, que en sí misma constituía un problema. La última partición de Polonia había alargado el enorme saliente de la Polonia «rusa», que con una longitud de unos trescientos setenta kilómetros quedaba insertado entre territorios de las Potencias Centrales, limitando al sur con los montes Cárpatos del Imperio Austrohúngaro, y al norte con la Prusia Oriental de Alemania. Las fronteras de esta franja no constituían una barrera natural, lo cual dificultaba enormemente su defensa; de hecho, la respuesta militar más lógica habría sido la evacuación total de la zona. Pero una retirada así no habría ayudado a los franceses que, soportando la principal embestida de Alemania, necesitarían que los rusos ejercieran la mayor presión posible sobre el enemigo común. Los rusos eran conscientes de sus obligaciones con los franceses, pero sus planes debían encontrar un equilibrio entre las necesidades francesas y las suyas propias, a saber, resistir los ataques de un ejército austrohúngaro de cuarenta divisiones que solo tenía que enfrentarse a las fuerzas serbias.

En 1910 los rusos confeccionaron el Plan 19, que audazmente preveía utilizar contra Alemania casi todas sus fuerzas movilizadas —cincuenta y tres divisiones—, dejando solo diecinueve para enfrentarse a los austríacos. Para facilitar la labor de estas últimas divisiones se contemplaba la retirada de la Polonia rusa a una frontera menos extensa y más fácil de defender. Los miembros del alto mando ruso que se oponían al plan señalaron que se corría el grave peligro de que las operaciones ofensivas austríacas acabaran superando a las fuerzas agredidas y auguraron un escenario demoledor, en el que las intervenciones de la caballería en masa hostigarían constantemente los flancos y las comunicaciones

de las tropas rusas desplegadas en el frente alemán. También había consideraciones políticas, como, por ejemplo, la conveniencia de evacuar Polonia, territorio que probablemente fuera arduo recuperar, sobre todo teniendo en cuenta la dudosa lealtad de muchos polacos al estado Ruso. El resultado fue una solución de compromiso, en la que se contemplaban las variantes introducidas por el Plan «A» y el Plan «G» en el Plan 19. Si bien el «G» presentaba una versión ligeramente modificada del plan original de concentrar las tropas contra Alemania (cuarenta y tres divisiones en el frente alemán, y treinta y una en el austríaco), el «A» tenía mucho más en cuenta el poderío de Austria-Hungría, previendo que el grueso de las fuerzas movilizadas —cuarenta y cinco divisiones del III, IV y V Ejército— combatiera a los austríacos y que el resto hiciera todo lo posible por ayudar a los franceses. Así pues, el I y el II Ejército de los rusos, un total de veintinueve divisiones, serían lanzados contra las nueve divisiones del VIII Ejército alemán en Prusia Oriental. Al final, se optó por el Plan «A».

Los rusos también tenían una gran variedad de planes teóricos relacionados con su vieja ambición de hacerse con Constantinopla. Los simulacros de guerra basados en este asunto eran una de las eternas ocupaciones del alto mando ruso, pero ese plan no era más que una aspiración, un objetivo que había que cumplir más adelante en la guerra, y no una opción realista en aquellos momentos. Al fin y al cabo, Turquía no entró en guerra en agosto de 1914.

Los planes de Austria-Hungría tienen una importancia mucho menor, pues, aunque fuera una gran potencia desde el punto de vista técnico, en realidad no tenía capacidad para afectar el curso de los acontecimientos fuera de los confines de la región de los Balcanes. Por muchas conversaciones que entablara este imperio con Moltke para discutir la participación de las divisiones austríacas en la causa contra Rusia, en sus planes quedaba patente la firme pretensión de concentrarse contra Serbia. Había dos variantes: el Plan «B» y el Plan «R». El primero preveía la invasión de Serbia por parte de tres ejércitos austríacos, mientras otros tres se encargaban de defender la frontera con Rusia (un despliegue que resultaría prácticamente inútil para sus aliados alemanes); el segundo proponía evitar con cuatro ejércitos una intervención contundente de los rusos en ayuda de Serbia, y la invasión de este territorio con otros dos. Parece que, al final, los austríacos se dedicaron a improvisar, sin dejar de anteponer su interés por acabar con sus enemigos más acérrimos, los serbios, al bien general de las Potencias Centrales.

Al borde del precipicio

Los años previos al estallido de la Gran Guerra de 1914 se habían visto marcados por una serie de incidentes diplomáticos y de agresivas e intimidatorias demostraciones militares entre las grandes potencias con el fin de comprobar

los límites de lo que podían conseguir sin recurrir a una guerra en toda regla. Las tensiones provocadas por el recelo alemán ante la influencia de los franceses en el norte de África se hicieron claramente patentes en la llamada primera crisis marroquí de 1905-1906. Francia tenía la firme determinación de controlar Marruecos para complementar las colonias que ya poseía en el norte de África. Bismarck, que veía las colonias con escepticismo, sin duda habría dado un paso atrás para dejar que se enconara la pugna imperialista entre Francia y Gran Bretaña. Pero en marzo de 1905 el káiser decidió visitar Tánger, donde pronunció un discurso incendiario manifestando claramente su oposición a la actuación de los franceses que provocó la inquietud de toda Europa. Una conferencia internacional resolvió aquella situación con una solución de compromiso que dejaba a Francia el control *de facto* de Marruecos.

En 1908 se produjo otra crisis importante cuando Austria-Hungría se anexionó formalmente Bosnia y Herzegovina. Hasta entonces, en virtud del tratado de Berlín de 1878, los austríacos habían gobernado estas dos provincias, sustituyendo a la anterior administración turca. Pero este cambio de estatus, en apariencia insignificante, provocó una gran preocupación y, en la práctica, todas las potencias importantes de la zona adoptaran una postura clara y enérgica para intentar imponer su propia agenda política. Al final, las protestas de Serbia fueron ignoradas y la anexión fue aceptada, pero el hecho no hizo más que aumentar la desconfianza existente entre austríacos y rusos. La anexión había sido llevada a cabo para poner fin al nacionalismo paneslavo, pero terminó simplemente por estimular las pretensiones separatistas bosnias. Cada vez parecía más probable que el polvorín de los Balcanes iba a estallar a la más mínima provocación.

En abril de 1911 estallaría la segunda crisis marroquí cuando los franceses decidieron enviar una pequeña fuerza militar en «defensa de los ciudadanos franceses» de Marruecos durante una revuelta de la población autóctona contra el régimen del sultán. Alemania consideró que se trataba sencillamente de un paso más hacia la anexión francesa de la región que frustraría para siempre su plan colonial de establecer una base naval en Marruecos con acceso al Atlántico. Así pues, mandó uno de sus buques cañoneros, el *Panther*, al puerto de Agadir. A su vez, esta acción exacerbó a los británicos, que quisieron impedir que los alemanes se hicieran con un puerto atlántico. Durante un tiempo las tensiones diplomáticas alcanzaron límites extremos, pero poco a poco fueron relajándose pues ninguno de los protagonistas llevó a cabo más actos de provocación. Al final, se sobornó a Alemania con la cesión de un pedazo de territorio de escaso valor del Congo Francés, y Francia pudo convertir por fin a Marruecos en un protectorado en 1912. Todo este embrollo supuso una humillación pública para Alemania, que poco pudo hacer al respecto.

En septiembre de 1911 se cernió otra gran amenaza sobre el *statu quo* cuando los italianos declararon la guerra a Turquía y trataron de ocupar Tripo-

litania y las islas del Dodecaneso en un intento vano de aprovecharse de la grave decadencia del imperio otomano. Sin embargo, esta acción se vio a su vez ensombrecida por el estallido de la primera guerra de los Balcanes, cuando Serbia, Grecia, Bulgaria y Montenegro aprovecharon la situación creada por Italia y se unieron para atacar Turquía en octubre de 1912. Los turcos llevaron a cabo una deficiente campaña militar y no tardaron en ser derrotados. Pero, a continuación, la alianza entre sus enemigos balcánicos saltó por los aires debido a las disputas por sus respectivas pretensiones territoriales cuando Bulgaria atacó Grecia y Serbia, desencadenando la segunda guerra de los Balcanes en junio de 1913. Bulgaria quedó por completo aislada, y cuando la guerra finalizó en agosto de 1913 los turcos, que no pasaron precisamente desapercibidos, habían logrado reconquistar buena parte del territorio balcánico perdido con anterioridad. Esta crisis no vino a aliviar la debilidad general de Turquía, pero sí puso en evidencia la incertidumbre en lo concerniente a una reacción apropiada de austríacos y rusos, de los que probablemente se esperara una intervención. Los austríacos dieron algún paso preliminar, pero cuando quedó claro que Alemania quería que los acontecimientos siguieran su curso, permanecieron inmóviles, viendo incluso cómo prosperaban sus enemigos serbios (Serbia duplicó su tamaño durante las guerras balcánicas). En un momento del conflicto pareció también que los rusos iban a ordenar una movilización parcial para actuar contra Austria, pero se abandonó esta idea cuando las autoridades del imperio zarista se dieron cuenta de que un gesto tan radical como aquel provocaría movilizaciones de represalia en toda Europa. Nadie estaba preparado, o suficientemente desesperado, para correr el riesgo de desencadenar una guerra a gran escala en 1912.

Otro año, otra crisis. Cualquier cosa provocaba un alboroto. En diciembre de 1913 los alemanes nombraron al teniente general Otto Liman von Sanders comandante en jefe del I Cuerpo Turco. Hacía tiempo que en Constantinopla había una misión militar alemana, pero esa decisión puso verdaderamente a Liman al frente de la unidad responsable de la defensa de los estrechos turcos. Este hecho puso en alerta a los rusos, que se enfrentaban a la perspectiva de un ejército otomano reforzado por una continua y estrecha colaboración militar con Alemania. A ello había que sumar un importante rearme de la armada turca gracias a la cooperación de la misión naval británica (para gran consternación de los rusos, que habían esperado una mayor consideración de sus socios de la Entente). Una Turquía a la que se había infundido nuevo vigor, con una poderosa flota en el mar Negro, no figuraba en los planes que tenía Rusia a largo plazo para Constantinopla. Hubo numerosos despliegues militares intimidatorios antes de llegar a una solución de compromiso, en virtud de la cual Liman fue ascendido a inspector general del ejército turco, abandonando así sus responsabilidades en los estrechos en calidad de comandante en jefe de la zona. Esta decisión redujo las tensiones, pero no sirvió para aplacar la animosi-

dad y los temores de Rusia. El recelo y el resentimiento aumentaban en todos los bandos.

Cualquiera de estos enrevesados problemas habría podido desencadenar la guerra en los años anteriores a 1914. Todos ellos simbolizan las debilidades que afectaban a las grandes potencias. Pero, en todos los casos, una combinación de diplomacia chapada a la antigua, contención propia de estadistas, temor natural y la falta de preparación para empezar una guerra en aquel momento en concreto evitó una clara ruptura de las hostilidades. Tal vez el factor suerte también desempeñara un papel importante, pero era evidente que no podía ser así durante mucho tiempo. Todas las grandes potencias temían perder terreno en beneficio de sus rivales, que a su vez fomentaban poco a poco una paranoia colectiva que aumentaba vertiginosamente. Más que ningún otro, el imperio alemán se encontraba en una situación en extremo difícil, sometido como estaba a la errónea visión del mundo que tenía el régimen del káiser Guillermo: atado por necesidad a Austria-Hungría, y condenado a entrar en guerra, tarde o temprano, con Francia, Rusia y probablemente Gran Bretaña. Por otro lado, el poderío creciente de Rusia comportaba que los únicos planes factibles de Alemania para lograr la victoria pronto dejarían de ser válidos; tal vez lo seguirían siendo hasta 1917, pero evidentemente no más allá de 1922. Para Alemania no tenía sentido posponer la guerra; si esta tenía que estallar, que estallara lo antes posible. En agosto de 1914 se habían dejado de lado todas las contenciones, y los preparativos para la guerra habían concluido. El escenario estaba listo para el Armagedón.

El asesinato de Francisco Fernando

El detonante final de la guerra sería la presión reprimida del nacionalismo en el imperio políglota de Austria-Hungría. Varios grupos nacionalistas conspiraban en la sombra, el más significativo de los cuales acabaría siendo el serbio Narodna Odbrana («Defensa Nacional»), creado en 1908, junto con su intimidador brazo terrorista secreto, Mano Negra. Su objetivo era liberar a todos los serbios de sus opresores para crear una Gran Serbia, y en particular revertir la anexión formal de Bosnia de 1908 por parte de los austríacos. Para este fin había reclutado un número formidable de seguidores en el marco de una red de organizaciones, como, por ejemplo, Joven Bosnia. En conjunto, todos ellos constituían un grupo de conspiradores sumamente motivados, y en junio de 1914 se les presentó la oportunidad de cambiar el mundo.

> El pequeño recorte de un periódico, enviado sin comentarios por una banda secreta de terroristas de Zagreb, capital de Croacia, a sus camaradas de Belgrado, fue la mecha que en 1914 hizo estallar una guerra mundial. Aquel pedacito de

> papel destruyó viejos imperios orgullosos de sí mismos. Permitió el nacimiento de nuevas naciones libres. Fue uno de los miembros de la banda terrorista de Belgrado quien lo recibió. El pequeño recorte de periódico informaba de la próxima visita del archiduque Francisco Fernando de Austria a Sarajevo, la capital de Bosnia, el 28 de junio, para dirigir una serie de maniobras militares en unas montañas vecinas. Llegó a nuestro lugar de encuentro, un café llamado Zlatna Moruna, una noche de finales de abril de 1914. En una mesita de aquel modestísimo café, bajo la luz trémula de una lámpara de gas, nos sentamos y lo leímos. No había llegado acompañado de ninguna orden, ni de advertencia alguna. Cuatro letras y dos números bastaron para que acordáramos unánimemente, sin discusión, lo que debíamos hacer al respecto.[4]
>
> Borijove Jevtic, Mano Negra.

Los largos meses de conspiración culminarían con el asesinato del archiduque Francisco Fernando en Sarajevo el 28 de junio de 1914. Antes de perpetrarse este atentado, los agentes de los servicios de inteligencia serbios proporcionaron en secreto a los conspiradores armas y el entrenamiento necesario, y luego facilitaron su regreso a Bosnia. Aquel fatídico día los supuestos asesinos se dispersaron entre la multitud que aguardaba en las calles de Sarajevo la llegada de los automóviles en los que se desplazaban el archiduque y su séquito. En un primer momento su actuación distó mucho de conseguir su objetivo mortal: uno de ellos perdió los nervios, otro lanzó una granada de mano que hirió a algunas personas que viajaban en el vehículo que iba detrás del coche del archiduque y los demás no pudieron hacer nada cuando este aceleró. Pero luego, en medio de la confusión, el conductor del automóvil de Francisco Fernando se desorientó, aminoró la velocidad y por una fatal coincidencia se detuvo a apenas dos metros de uno de los hasta entonces asesinos frustrados: un estudiante de diecinueve años llamado Gavrilo Princip. En un abrir y cerrar de ojos, Princip sacó su pistola y disparó dos veces hacia el vehículo descapotado. No falló. La primera bala hirió a Francisco Fernando en el cuello, y la segunda alcanzó el estómago de la esposa del archiduque, Sofía, que se encontraba encinta, mientras esta trataba de proteger a su marido. Sobre el estribo del automóvil el conde Franz von Harrach fue testigo de aquel horror.

> Mientras el coche daba marcha atrás rápidamente, de la boca de Su Alteza salió un hilo de sangre que me salpicó en la mejilla derecha. Cuando saqué un pañuelo para limpiar la sangre de su boca, la duquesa empezó a gritarle: «¡Dios mío! ¿Qué te ha ocurrido?». Entonces resbaló del asiento y cayó al suelo del automóvil; su cabeza quedó entre las rodillas de su esposo. Yo no sabía que también la habían alcanzado, y pensé que simplemente se había desmayado por la conmoción. Luego oí cómo Su Alteza Imperial decía: «Sofía, Sofía, no mueras. ¡Vive

por nuestros hijos!». Entonces cogí al archiduque por el cuello del uniforme para tratar de impedir que su cabeza cayera hacia adelante y le pregunté si sentía mucho dolor. Respondió con gran distinción: «¡No es nada!». Su rostro comenzó a retorcerse, pero siguió repitiendo, seis o siete veces, cada vez con la voz más trémula mientras poco a poco perdía el conocimiento: «¡No es nada!». Luego se produjo un silencio, tras lo cual se oyó un largo estertor convulsivo y ronco, provocado por la pérdida de sangre. Este había cesado cuando llegamos a la residencia del gobernador. Los dos cuerpos inconscientes fueron trasladados al interior del edificio donde poco después se confirmó su fallecimiento.[5]

Conde Franz von Harrach.

Princip y los demás conspiradores fueron detenidos e interrogados inmediatamente. Aunque como bosnios eran ciudadanos austrohúngaros, enseguida quedó claro de las confesiones obtenidas el 2 de julio que el estado serbio estaba totalmente implicado en el asesinato, que era el brazo ejecutor en la distancia. El primer ministro serbio, Niikola Pasic, se vio sometido a tremendas presiones por los enfurecidos austríacos. Su enfado era real, pero lo cierto es que la crisis con Serbia también les brindaba la ocasión de aparcar los problemas internos que en aquellos momentos los dividían. Si Alemania había podido contrarrestar la amenaza de una intervención de Rusia, entonces también ellos tal vez pudieran solucionar de una vez por todas el problema que suponían los ambiciosos serbios. Una Serbia rotundamente derrotada tendría que olvidarse de sus continuas proclamas en pro de la autonomía de los eslavos al menos durante una generación. Quizá la tambaleante estructura del Imperio Austrohúngaro sobreviviera incluso al anciano emperador Francisco José I. La guerra ofrecía una esperanza allí donde solo había habido señales de desintegración. Antes de actuar públicamente, el 5 de julio el ministro de Exteriores austríaco, el conde Leopold von Berchtold, envió un emisario a Berlín solicitando el apoyo alemán para tratar las diferencias ya irreconciliables de su país con Serbia.

¿Qué debía hacer Alemania? Podía, por supuesto, dejar abandonado al Imperio Austrohúngaro, su único aliado verdadero, cosa que la habría dejado más aislada en Europa que nunca. Por un lado, parece que algunos políticos alemanes creían factible una guerra corta entre Austria y Serbia que culminara en la extirpación del quiste más molesto de sus aliados, sin la necesidad de desencadenar un conflicto armado general en Europa. Pero, por otro lado, las poderosas autoridades militares de Alemania eran perfectamente conscientes de que si tenía que haber guerra en Europa, que esta estallara antes de que los enemigos de su país lograran ser aún más fuertes. Además, estaban los trofeos con los que tentaba la victoria. Su enemigo principal, Francia, podía acabar castrado de una vez por todas, precisamente como había pretendido Moltke «el

Viejo» en 1871 para impedir que en un futuro lograra recuperarse militarmente. Alemania podía anexionarse grandes extensiones de territorio en el este, más allá de Polonia, adentrándose en Rusia. Y una vez dominada Europa, con el respaldo de su imponente Flota de Alta Mar, podía alcanzar por fin el estatus de gran potencia mundial con las colonias que satisficieran sus máximas ambiciones imperiales. La guerra no era una medida inconcebible para las autoridades alemanas: al fin y al cabo, en vida habían sido testigos de cómo su país conseguía resurgir del crisol de la guerra. La crisis del verano de 1914 no les dejaba otra alternativa que apoyar a sus aliados austrohúngaros, aunque ni que decir tiene que los alemanes tenían un proyecto propio sumamente agresivo. Esta política había sido explicada con toda claridad por el jefe del estado mayor general, Helmuth von Moltke, el 1 de junio de 1914, bastante antes de la crisis provocada por el atentado: «He de decir que, si al final la situación se desborda, estamos preparados; para nosotros, cuanto antes, mejor».[6] Por muchas dudas que lo asaltaran, lo cierto es que esa fue la postura alternativa de Moltke a lo largo de la crisis. Los militares alemanes estaban listos para arriesgarse, para llegar al borde de la guerra y luego aprovechar la ocasión que les brindara cualquier tipo de pretexto que consideraran válido y legítimo. Y precisamente por estas razones, primero el káiser y luego su canciller, Bethman Hollweg, ofrecieron pleno apoyo al Imperio Austrohúngaro en todas las acciones que este decidiera emprender para meter a Serbia en cintura, aunque ello supusiera una guerra con Rusia y de ahí con toda Europa.

El 23 de julio, tras muchas vacilaciones en medio de un gran nerviosismo, los austríacos presentaron por fin un ultimátum que contenía diez demandas inflexibles, concediendo a los serbios solo dos días para dar su respuesta. Al mismo tiempo, anticipándose claramente al rechazo de las demandas, empezaron la movilización de tropas. A Serbia se le pedía no solo que desistiera de su actitud, sino también que condenara públicamente cualquier forma de propaganda nacionalista o separatista, permitiendo además que oficiales austrohúngaros se encargaran de supervisar la detención, los interrogatorios y el castigo de todos los serbios implicados en el asesinato de Francisco Fernando. Tras ordenar la movilización preventiva de su ejército (unas fuerzas relativamente reducidas), los serbios cedieron, pues no querían enfrentarse a una guerra sin contar con el respaldo explícito de Rusia. Luego, cuando iba a expirar el plazo, llegaron a Belgrado noticias importantes de Rusia. En un momento la situación había cambiado: a corto plazo tal vez a favor de Serbia, pero sin duda en contra para los pueblos de Europa.

El 25 de julio el zar Nicolás II proclamó el «período preparatorio para la movilización», durante el que, entre otras medidas, eran llamados a sus unidades los reservistas más jóvenes. Hasta entonces, a pesar del aumento de las tensiones internacionales, seguía siendo posible contemplar la crisis como una disputa nacional entre Austria-Hungría y Serbia. Pero la movilización rusa cambiaba

las cosas. Incluso una movilización parcial podía adelantar la aparición de los ejércitos rusos en el Frente Oriental alemán, y en vista de la naturaleza equilibradora de los planes bélicos germanos, aquello constituía una amenaza real. Los alemanes aún controlaban la situación, seguros de su capacidad para llevar a cabo una rápida movilización, por lo que inmediatamente trataron de presentar a Rusia como el agresor para conseguir el respaldo de su propio pueblo en un momento en el que la guerra era más inminente que nunca.

La decisión del imperio zarista resulta desconcertante por numerosas razones. Los rusos eran perfectamente conscientes de que su programa de rearme y de mejora de comunicaciones ferroviarias con el Frente Oriental alemán aún no había sido completado. Aunque habían recuperado su poderío militar tras el desastre de la guerra con Japón, el paso que iban a dar era, de hecho, audaz. Pero al mismo tiempo sentían claramente que no podían permitir que Serbia fuera arrollada. Como los austrohúngaros habían rechazado bruscamente la petición de Rusia de alcanzar una solución de compromiso, los rusos pidieron a sus representantes diplomáticos que actuaran con más mordacidad. Además, podían arriesgarse porque, si al final las cosas empeoraban, aunque entraran en guerra con Austria-Hungría y Alemania, contarían con el apoyo garantizado de Francia, y tal vez incluso de Gran Bretaña. Si la guerra iba bien, tal vez conseguían por fin desmembrar el imperio otomano y asegurarse el control de Constantinopla y del tan ansiado acceso al Mediterráneo.

Naturalmente, los serbios se sintieron más animados ante esa demostración de apoyo por parte de los rusos. En su respuesta al ultimátum austríaco, aunque siguieron aceptando las imposiciones generales de los austrohúngaros, tuvieron la temeridad de poner una serie de condiciones a varios puntos y rechazaron rotundamente la idea de que unos oficiales austríacos se encargaran de llevar a cabo las investigaciones del atentado en suelo serbio. A su vez, los austríacos se negaron a ceder en este punto con la misma rotundidad: la declaración de guerra a Serbia era cada vez más inminente.

El gobierno francés tenía la firme determinación de preservar la integridad de la Triple Entente, lo que implicaba no solo no dejar sola a Rusia, sino también asegurarse de no incurrir con sus acciones en alguna falta que le hiciera perder el apoyo británico. Mostrando una actitud pasiva en general mientras se desarrollaba la crisis, los franceses aconsejaron prudencia al imperio del zar, aunque al mismo tiempo confirmaron su compromiso de unirse a Rusia si a esta no le quedaba más remedio que entrar en guerra. Francia tal vez no quisiera una guerra en el verano de 1914, pero lo cierto es que hizo muy poco por evitarla, animada por la perspectiva de poder vengarse por fin de Alemania, con el respaldo de Rusia y Gran Bretaña.

Los británicos contemplaban horrorizados todos esos angustiosos acontecimientos que estaban desarrollándose. El primer ministro, sir Herbert Asquith, resumía así su frustración en una carta de su correspondencia privada:

> Austria ha enviado a Serbia un ultimátum amedrentador y humillante que es imposible de aceptar, y ha exigido una respuesta en menos de cuarenta y ocho horas; si este no surge efecto, tomará las medidas pertinentes. Esto significa que es prácticamente inevitable la aparición en escena de Rusia en defensa de Serbia y para desafiar a Austria, y si todo esto ocurre, es difícil que Alemania y Francia permanezcan cruzadas de brazos y no decidan echar una mano a un bando o al otro. Por lo que la distancia que nos separa de un verdadero Armagedón es cada vez más medible, o concebible. Por suerte, parece que no hay razón alguna por la que tengamos que dejar de ser simples espectadores.[7]
>
> Sir Herbert Asquith, primer ministro de Gran Bretaña.

Los británicos intentaron apaciguar las cosas. El 26 de julio, su ministro de Exteriores, sir Edward Grey, propuso la celebración de una conferencia de cuatro potencias (Gran Bretaña, Francia, Alemania e Italia) para posponer la crisis, permitir la mediación y dar a Serbia, Austria-Hungría y Rusia la oportunidad de alejarse de aquel abismo. Era diplomacia tradicional que seguía la norma no escrita de que cualquier crisis grave daría lugar a una conferencia de grandes potencias para ofrecer una solución de compromiso que, aunque no fuera del agrado de todas las partes, evitara al menos la guerra. Pero en aquellos momentos los austríacos estaban dispuestos a tomar medidas violentas, y un rifirrafe en la frontera con Serbia se convirtió en su mejor excusa para declarar la guerra el 28 de julio. En Berlín el káiser vacilaba, y de hecho intercambió incluso unos cuantos telegramas amistosos con su pariente el zar Nicolás II, pero cuando ya era demasiado tarde. Las decisiones importantes ya habían sido tomadas. Al mismo tiempo, los diplomáticos alemanes intentaban conseguir por todos los medios que los británicos no acudieran en ayuda de los franceses y los rusos. Asquith no se dejó impresionar por ellos, y el 30 de julio volvía a reflexionar sobre el estado general de las cosas en los siguientes términos:

> La tensión en Europa ha aumentado al menos un grado respecto a ayer; y no ha mejorado con ese intento bastante descarado por parte de Alemania de comprar nuestra neutralidad durante la guerra con promesas de que no se anexionará territorio francés (salvo los pertenecientes a las colonias), ni tampoco Holanda o Bélgica. Hay algo muy rudimentario y pueril en la diplomacia alemana. Mientras tanto los franceses empiezan a presionar en el sentido contrario, lo mismo que han venido haciendo los rusos durante un tiempo. La City, inmersa en un estado terrible de depresión y parálisis, se muestra por ahora totalmente contraria a una intervención inglesa. Hoy creo que las perspectivas son muy negras.[8]
>
> Sir Herbert Asquith, primer ministro de Gran Bretaña.

Llegado este punto, dada la evidente agresividad demostrada por Alemania y el Imperio Austrohúngaro, era inevitable que Europa se sumiera en una gran guerra si no había un cambio de actitud o de intenciones en ninguno de los bandos. Así pues, el 31 de julio Alemania ordenó la movilización preventiva y presentó dos serios ultimátums: uno a Rusia, exigiendo la total desmovilización antes de doce horas, y otro a Francia, requiriendo una declaración de neutralidad en menos de dieciocho horas que permitiera a Alemania ocupar las fortificaciones fronterizas en demostración de buena voluntad. Ni que decir tiene que era imposible acceder a semejantes demandas o satisfacerlas.

El 1 de agosto Alemania se movilizó y declaró oficialmente la guerra a Rusia, y al día siguiente los franceses ordenaron la movilización general. Llegado incluso este punto, el káiser seguía dudando, creyendo erróneamente que había alguna posibilidad de que Francia y Gran Bretaña permanecieran neutrales si la primera no era atacada. Inspirado por esta idea, Guillermo hizo un último intento absurdo de abortar todos los planes de guerra alemanes, sugiriendo que se atacara solo a Rusia. La propuesta fue rechazada sin contemplaciones por Moltke, que señaló con términos claros y precisos que tropas alemanas ya estaban avanzando hacia Francia y que semejante cambio era simplemente imposible en una fase ya tan avanzada. Demasiados elementos de las altas jerarquías militares alemanas estaban empeñados en librar batalla y no podían concebir que se diera marcha atrás cuando ya se había dado el pistoletazo de salida. Aquella noche las primeras tropas alemanas empezaron la invasión de los fuertes fronterizos de Luxemburgo en preparación para un gran avance a través de Bélgica. Iba a ser sin lugar a dudas una gran guerra europea, aunque, para sorpresa de nadie, el 2 de agosto Italia rompiera su alianza con las Potencias Centrales tras anunciar con remilgo que la presión popular impedía una participación italiana en lo que consideraba que era una guerra de agresión por parte de sus antiguos socios alemanes y austrohúngaros.

En realidad, Gran Bretaña seguía sin tener agallas para entrar en guerra, pero, como país firmante del tratado de Londres de 1839, hacía tiempo que se había erigido en garante de la neutralidad de Bélgica, por lo que una invasión alemana de este pequeño estado constituiría un factor determinante para aparcar las reticencias británicas a la intervención. Poco a poco, Gran Bretaña se vio metida en la guerra. El 2 de agosto, prometió brindar apoyo naval a los franceses si Alemania atacaba la costa del norte de Francia. Ese mismo día un ultimátum germano exigió a Bélgica que abriera sus fronteras para permitir el paso del ejército alemán en avance hacia Francia, y el 3 de agosto el imperio del káiser declaró formalmente la guerra a los galos. Cuando el ministro de Exteriores británico habló ante los miembros de la Cámara de los Comunes el 3 de agosto, ya se había esfumado cualquier posibilidad real de que Gran Bretaña se mantuviera al margen de la guerra.